

## ESPAÑA PINTORESCA.



El Pantano de Jibi.

Los vecinos de la ciudad y huerta de Alicante, viendo la escasez de aguas que experimentaban muchas veces para el oportuno riego de sus fértiles tierras, recurrieron al arte para conservar en un estanque las aguas inútiles en invierno, distribuyéndolas en verano con suma regularidad y economía. Escogieron para hacer la citada obra la garganta situada entre los montes Mos del Bou y Cresta, ambos de peñas sólidas calizas en bancos sobrepuestos desde la raíz hasta la cumbre, de los cuales el llamado Cresta queda en la orilla occidental, y el otro en la oriental. Allí levantaron un murallón de sillares labrados en la parte exterior, macizado de cal y canto en la esterior, el cual apoya sobre las peñas de los montes: tiene 196 palmos de alto, 87 de grueso en su mayor altura, y 340 de largo que es la distancia de los montes entre lo mas alto de la obra, donde queda una espaciosa terraza de sillería. Esta obra no fue tan magnífica en un principio. Empezóse en 1579,

y se levantó el paredon hasta la altura de 26 palmos, la cual, siendo insuficiente se aumentó hasta la actual, habiéndose concluido la obra en 1594. Acaeció despues, en 1697 una quiebra considerable, bien que menor que la esperada por los mal intencionados, que querian destruir el Pantano; y se reparó enteramente en 1738.

En la estremidad occidental de la terraza hay un ancho boquete con su compuerta para dar salida á las aguas, cuando son tan copiosas que superen aquella altura: las restantes se creen suficientes para regar la huerta, y suelen formar una laguna de media legua de estension, y en partes de ciento y mas palmos de profundidad. En la raíz del murallón hay una espaciosa galería que lo atraviesa, destinada á facilitar paso á las aguas é inmundicias del Pantano, cuando este se limpia, que es cada cuatro años. La boca meridional de la galería está cerrada con una reja de hierro, y la



septentrional con una puerta de madera, muy fuerte y calafateada, que rompen al tiempo de la limpia. Al lado de la galería, y á unos 20 palmos sobre el fondo del barranco, se ve en el grueso del murallón un nicho con su puerta, donde está el torno para bajar ó levantar la *paleta*, que es el regulador de las aguas que deben salir para el riego; las cuales llegan desde el estanque á la paleta por un conducto excavado en la Peña Viva sobre que descansa parte del murallón, y salen con la velocidad y fuerza correspondientes al peso de la columna que sostienen. Siguen después á descubierto por un largo canal igualmente excavado en el monte, hasta tropezar en la Peña, y estrelladas allí caen al cauce del barranco, y dan origen al riachuelo.

Desde allí puede subirse á la terraza ó esplanada en poco tiempo, tomando la escalera excavada entre el monte y el murallón; pero es tan angosta, desigual y peligrosa, que solo es de uso para los acostumbrados á ella. Mas seguro, aunque mucho mas largo, es el camino de las cuestas que conduce á las alturas, y desde ellas mirando hacia el Pantano se descubre la vista que representa el grabado que precede. Véase formar el riachuelo de las aguas que en cascadas caen hasta el fondo del barranco; descúbrese la galería, el murallón entero, y sobre la terraza la dilatada laguna cuanto alcanza la vista, que limitan las cordilleras de los cerros prolongados hacia el norte. Sus diferentes alturas y formas, la variedad de colores del terreno con la multitud de arbustos que en él crecen, amenizan el pais, y lo hacen sumamente vistoso. Como las aguas reunidas en aquella laguna provienen de las lluvias que robaron tierras en los yesares y campos de la hoya, llegan al Pantano cargadas de légamo, que precipitado en capas sucesivas forman un cortazon de muchas varas en lo interior del estanque. Este quedaria inútil en pocos años, si no se limpiase con frecuencia; operación peligrosa cuando no se hace con el mayor cuidado.

Llegado el tiempo de limpiar el Pantano, concurre mucha gente de los pueblos vecinos, y van de Alicante los Diputados que deben autorizar el acto. Los operarios abren la reja de la galería y entran hasta la puerta de madera, que arrancan, quedando las aguas contenidas por el duro y grueso cortazon de arcilla y légamo: excavan en él algunos pies en el interior del estanque, y suben á la terraza ó esplanada, desde la cual introducen una larga barrena con que taladran el cortazon, estableciendo así una comunicacion entre el agua y la cueva que excavaron en el légamo. Apenas se verifica el paso de la mas mínima porcion de agua, es temeridad mantenerse en la galería ó cauce del barranco; porque las aguas con su grande peso y empuje contra el agujero lo ensanchan en un momento, extendiéndole casi al diámetro de la galería, y salen con furioso ímpetu, llevándose consigo las inmundicias y cuanto encuentran al paso. En una de estas ocasiones se llevaron al Escribano y Comisionado de Alicante, que imprudentemente se detuvieron en el barranco mas tiempo del que debian; y arrebatados por la corriente, fueron después hallados sus cadáve-

res á larga distancia, desnudos, mutilados y negros.

Hemos tomado esta descripción de la que hace Don Antonio Cavanilles, en su obra *Observaciones sobre la Historia natural, Geografía, Agricultura, Poblacion y frutos del Reino de Valencia*.

## CRONICAS DE CASTILLA.

ALVAR NUÑEZ, CONDE DE LARA (1).

### III.

Doña Malfada estaba inconsolable por haber dado con su enlace, verificado tan de ligero, motivo para que el Pontífice tomase tales medidas. De todo culpaba á D. Alvaro, que conociendo, como no podia menos de conocer el impedimento que mediaba, trabajó cuanto pudo para que se efectuase; digno de él era este proceder, estando ya descomulgado por Don Rodrigo, Dean de Toledo. Doña Malfada desengañada del mundo, sembrado de espinas que penetran los pliegues del mismo dosel, queria retirarse de su bullicio, pero Alvar Nuñez se lo prohibió bajo diferentes pretextos en apariencia laudables. Creyó en su delirio poder sustituir al Rey, y sin consideracion á sus lágrimas, y á pesar de estar casado con Doña Urraca Diaz de Haro, tuvo la osadía de hablarle de matrimonio. Doña Malfada le respondió, si ya no con la autoridad de una Reina, con el desprecio é indignacion de una muger ultrajada.... Tampoco podia entenderse con los Señores sus partidarios, para que la sacaran de Burgos por engaño ó por fuerza, por la vigilancia con que la guardaban los satélites del Conde. A fuerza de dinero pudo lograr al fin que uno llevara á Don Alonso una carta, en que le manifestaba la necesidad que tenia de su socorro; no era menester otra cosa para que un caballero de entonces empleara su brazo, y espusiera su vida hasta vengar la ofensa hecha á una dama. El temeroso D. Alvaro, receló esta intriga, é hizo pagar bien caro el atrevimiento á cuantos supuso que habian tomado parte en ella. Tambien estrechó la suerte de Doña Malfada, prohibiéndole hablar con cualquiera que no fuese de Palacio, y no permitiéndole pasear mas que una hora por las tardes en el jardin.

Todo lo tenia ya arreglado D. Alonso, solamente faltaba coyuntura para señalar á Doña Malfada el momento para marchar. Los medios empleados en un principio fueron ineficaces, ademas de peligrosos; lo primero porque llenos de terror los criados, ninguno se atrevia cargar con tal mision; lo segundo porque la menor indiscrecion de estos, todo lo hubiera descubierto. Así pasaron algunos dias, hasta que al fin sabedor D. Alfonso del sitio por donde la Infanta se paseaba, que era el mas frondoso del jardin, ideó una maña, cuyo éxito fue tan feliz como él deseaba; era la de arrojar dentro de una naranja un papel con es-

(1) Véanse los números 13 y 15.



tas únicas palabras escritas. «Esta noche á la una... contraseña un silvido.» La naranja cayó á los pies de la discreta Portuguesa, que en extremo alegre como quien va á ser puesta en libertad, despues de una larga y penosa prision, subió á su cuarto á disponer lo necesario para el viage. Esta noche todo iba bien, el Gobernador faltaba de Palacio, se decia que habia ido a contener y castigar una de las muchas sediciones que turbaban el reino.

Eran las doce, y mientras las gentes de Palacio yacian en el mas profundo silencio, Doña Malfada postada delante de un Crucifijo, le encomendaba, bañada en lágrimas, al que fue su esposo, y le pedia auxilios para salir sana y salva de aquella difícil empresa. «Sobre todo, dijo, haced Dios mio que no vuelva á ver ni á saber del Conde de Lara»

—Aquí estoy... respondió saliendo de la alcoba de la Infanta. Esta dió un grito de espanto al verlo. Don Alvaro esperaba un desmayo para aprovecharse de el, pero el cielo le envió sus socorros como le habia implorado.

—¿Alvar Nuñez, dijo serenándose, no me has de dejar tranquila ni aun en el sagrado retiro de mi aposento? ¡Genio del mal!... ¿me has de perseguir como una siniestra sombra hasta los pies de un Santo Cristo?

—Disculpadme por piedad, Señora... mirad la pasion que me devora, que me embarga la razon, que no puedo contrariar; contemplad mis tormentos y no me culpais tan cruelmente. ¿Sabéis á lo que me espongo, si no pronunciais una palabra de esperanza? Si, pronunciadla...

—¡Calla!!! replicó Doña Malfada, llorando. Infeliz de mí! lejos de mi patria, sin poder llamar esposo al que era mi encanto, sin apoyo, perseguida á todas horas y en todas partes por el que se complace en llenar mi vida de amargura... ¿Qué haré yo?...

—Amarme y sereis respetada en Castilla, Señora de un trono, de cuanto deseais.

—¡Amarte!... eso sería un crimen atroz; el remordimiento me lo pintaria espantoso en el manto de púrpura, insufrible en medio de los placeres, si me acercara á ti se interpondria entre los dos.

En este tiempo empezaron á oirse algunos silvidos que importunaban tanto á D. Alvaro, cuanto daban energia á Doña Malfada; prosiguió esta.

—Te miraría con ojos espantados como seductor que habias sido de mi inocencia, te aborrecería como al mas despreciable de los hombres.

—Mi amor tambien ha luchado con mi conciencia, pero solo he conseguido veros mas hermosa, mas divina, y sentir mas violenta la pasion que despreciais... ¡Condoleos de mí!...

—Jamás...

—Pues bien, ya que no te causan impresion mis ruegos, y tanto horror te inspiro sin motivo... lo tendrás en adelante: y se dirigió, fuera de sí, hácia la Infanta.

—¡Que vas á hacer miserable!... caminas á tu perdicion; esos silvidos que no cesas de oír, son los gritos de mis partidarios que se reunen para libertar á

Castilla del mayor tirano.... Y abriendo la ventana le mostró el número considerable de caballeros embizados que se paseaban por la calle.

—Estoy vendido, gritó Alvar Nuñez desesperado.

—Tus vicios te venden, y tus injusticias, le respondió la jóven heroína.

El conde corrió á esconderse, y Doña Malfada salió de Burgos acompañada de D. Alonso y otros caballeros.

Se veía en el presbiterio de la Iglesia del convento de Rucha (Portugal) un venerable prelado leyendo fervorosamente en un libro; á su lado un monacillo oscilando un incensario que despedia gratos perfumes... Mas allá una monja, quitaba de las manos de una jóven con los ojos elevados, preciosos diges para darle un crucifijo, la despojaba de todas sus galas para vestirla con el hábito de la orden, otra le cortaba la rubia y perfumada cabellera, las demas monjas cantaban en coro algunas alabanzas al Señor... Aquella misma noche, la nueva religiosa, mientras las demas reposaban en dulce sueño, hacia retumbar su angosta celda con sus religiosos suspiros; recostada en un áspero lecho de estera, daba el último *adios* al mundo, y tributaba las postreras lágrimas á ciertos recuerdos que el hombre jamás olvida... y ama hasta el sepulcro.

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

## MISCELANEA.

### PROVERBIOS ORIENTALES.

El trabajo es lo que da á conocer el verdadero valor del hombre, así como el fuego desarrolla el perfume del incienso.

Los grandes rios, los corpulentos árboles, las plantas saludables, las gentes honradas, no nacen para sí mismas, sino para ser útiles á los demas.

Disfrutad los beneficios de la Providencia; en esto consiste la sabiduría: haced disfrutar de ellos á los demas, esta es la virtud.

Todos los granos de arroz que comeis han sido regados con el sudor de un labrador.

Cuando estés solo, piensa en tus defectos; cuando estés acompañado, olvida los de los demas.

Cuida de tu casa, y sabrás cuanto cuestan la madera y el arroz: educa á tus hijos, y sabrás cuanto debes á tus padres.

La burla es el relámpago de la calumnia.

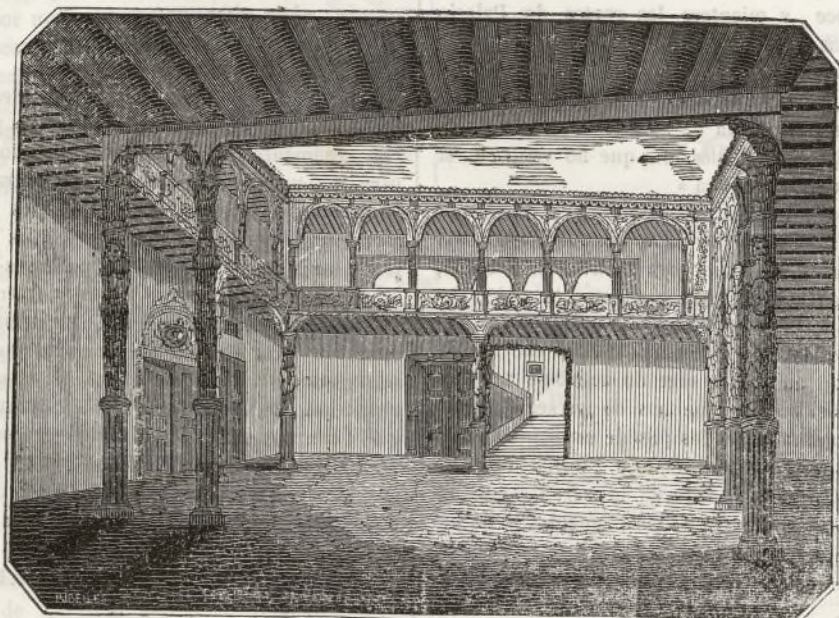
Si no quieres que se sepa, no lo hagas.

Las aves que atraviesan el aire solo dejan un sonido: el hombre pasa y su fama le sobrevive.





## ANTIGÜEDADES ESPAÑOLAS.



VARELA

El patio de la Infanta en Zaragoza.

A la manera que los hombres tienen una época de vigor y lozanía, en la que concluyen de formarse su genio y desarrollarse sus facultades, imprimiendo á su existencia un sello peculiar y característico, así las poblaciones tienen igualmente una época de apogeo y engrandecimiento, que deja en ellas indelebles recuerdos gravados en sus leyes, sus costumbres y sobre todo en sus edificios. Circunstancias particulares suelen aunarse y contribuir á este engrandecimiento; tales como la estancia prolongada de una corte brillante y poderosa, el engrandecimiento de algunos hijos de la población que desean vincular su memoria á las paredes que los vieron nacer, ó bien las circunstancias políticas que atraen sobre un pueblo las demostraciones de benevolencia de un partido vencedor. Así por ejemplo, la época de Madrid puede fijarse en el reinado de Carlos III, de cuyo tiempo datan casi todos sus paseos, su policía y ornato, la mayor parte de los establecimientos públicos y sus mejores edificios.

Por lo que hace á Zaragoza, podemos fijar su época en tiempo de los Reyes Católicos y de su nieto el Emperador Carlos V, cuya fecha llevan la mayor parte de los edificios públicos y particulares de aquella ciudad dignos de atención. En tiempo de los primeros hubieron de contribuir para ello no pocas circunstancias consi-

derables, tales como las varias Cortes que allí se celebraron, la residencia frecuente de la Reina Doña Isabel y los magnates castellanos con no pocos portugueses, el cariño y respeto que profesaba el Rey D. Fernando á la capital de su reino, la multitud de sabios especialmente historiadores y jurisconsultos que abrigaba en su seno, y sobre todo la opulencia de su nobleza que después de acompañar á su rey á la conquista de Granada, al volver á su patria deseó reproducir en sus casas solares muchas de las bellezas y comodidades que observara en la capital de los Arabes. Así es que la mayor parte de los palacios y casas de ricos propietarios de Zaragoza parecen contruidos ó cuando menos renovados en aquella época, restando apenas vestigios de épocas mucho mas antiguas. Moles inmensas de ladrillo, decoradas con algunas labores de lo mismo, las puertas con su arco de herradura ó medio punto, labores, rosetones y molduras esculpidas en los grandes voladizos de los tejados, escudos nobiliarios encima de las puertas, y los grandes balcones á gran distancia unos de otros forman la parte exterior del edificio. En lo interior los patios de mas ó menos gusto, la ancha escalera con el techo adornado de vichas y follages, y tal cual artesonado en algun vetusto salon, concluyen de caracterizar el edificio.



Pero lo que mas llama la atencion en ellos es la rareza de sus patios (ó lunas), que por lo comun no tienen género alguno de arquitectura, y por lo caprichoso de sus adornos, y sus largas y esbeltas columnas, recuerdan las construcciones de los Arabes. Apenas hay casa de alguna grandeza y comodidad, que no tenga su patio mas ó menos pequeño. Estas columnas (á veces de jaspé ó mármol negro), constan por lo comun de una base caprichosa, y la caña de la columna adornada en su parte inferior de istrias y follages. Sobre el capitel descansa el arquitrave adornado tambien de rosetones y molduras, y que suple la falta de cornisa en casi todos ellos. Pero seria imposible describir exactamente aquella multitud de construcciones ideales y caprichosas, la mayor parte de ellas sin órden determinado. Entre los muchos que pudiéramos citar recordamos los de Sástago, Fuentes, Proteccion del Canal, y el de casa de Don Diego Pardo restaurado hace poco tiempo.

Pero el que mas llama la atencion entre todos ellos es el del palacio titulado de la Infanta, llamado así, por haber pertenecido á la Condesa de Torres-Secas, célebre por sus amores y triste casamiento con el Infante D. Luis, hermano menor del Rey D. Carlos III, y víctima de la suspicacia de éste. Este palacio se halla situado en la calle de S. Pedro, y por su exterior ofrece muy poco notable. Tampoco lo ofrecería quizá el patio, ni hubiera llamado la atencion probablemente, (como no la llaman otras cosas mas notables y mejor conservadas), á no ser por la circunstancia de hallarse instalado el Liceo en los salones de aquel edificio.

El patio es un cuadrilátero, y consta de dos cuerpos. El primero tiene ocho columnas revestidas de estucos y adornadas de cariatides, follages, vichas y mascarones. El segundo tiene seis arcos menores á cada lado, cuyas columnitas son de mármol blanco y su hechura pertenece al género plateresco.

Forman el pretil de los seis arcos que hay á cada lado, otros tantos medallones: los cuatro del medio contienen un retrato de relieve, y los dos de los extremos varios pasajes de los trabajos de Hércules y otros asuntos mitológicos, bastante bien ejecutados y conservados. No así los 16 retratos, que se hallan tan sumamente deteriorados, que apenas pueden conocerse sus facciones, aunque por el trage y algun otro indicio se puede inferir, que representaban caballeros y personajes del siglo XVI.

La escalera es por el mismo estilo y gusto que el patio, con el cual hace armonía, y el techo de ella consiste en un artesonado de madera bastante destrozado, por debajo del cual corre un balconcillo. Al pie de la cornisa hay otros ocho retratos de relieve, (dos á cada lado), que corresponden á los del patio, y en cada esquina de la escalera una gran concha para dar á la barandilla y artesonado una figura octógona.

Por lo que hace á la época de su construccion era fácil adivinarla aun cuando no la declaráran varias cartelas en las cuales figura la fecha de 1550. ¡Ojalá reveláran lo mismo el nombre del autor!

Quisiéramos no tener que hablar del estado de conservacion de este edificio, que es por cierto el mas

deplorable. Los estucos se ven deteriorados por la mano del tiempo y la del hombre, los mármoles y relieves rozados, las paredes denegridas, y por fin los tabiques de ladrillo intercalados en las columnas del segundo cuerpo; y tal cual pucherazo de almazarron en las narices de algun presunto héroe, concluyen de realzar aquel cuadro de abandono y desolacion. Para su complemento figuran dignamente por los rincones la tartana llena de polvo y telarañas, ó bien alguna desvencijada calea, por hallarse el piso bajo arrendado á un alquilador de coches.

Si el Liceo de Zaragoza hubiera podido continuar en el estado de prosperidad y grandeza que tuvo en alguna época, es probable que hubiera tratado de que este edificio se aseára y reparára algun tanto, siquiera por su propio decoro, y por nó ofender con el repugnante aspecto del abandono, las miradas de los socios y de los artistas, que fueran á visitarlo. Por desgracia el Liceo de Zaragoza, en otro tiempo tan favorecido, se halla en decadencia, como casi todos los de su especie, víctima de mezquinas rivalidades.

En sus salones se conservan aun algunos cuadros de bastante mérito, procedentes casi todos del monasterio de Veruela. Entre ellos merecen atencion, uno original de Mr. Verdún, que representa la curacion de un ciego por S. Bernardo: dos retratos de los Reyes D. Alfonso el Casto (segundo de Aragon) y Don Pedro el Católico, y varios cuadros históricos sobre asuntos de las Ordenes de Alcántara y del Cister. ¡Ojalá que todos los establecimientos de esta especie hubieran procurado igualmente engalanarse salvando algunos despojos de la rapacidad, que ha devorado la mayor parte de nuestra riqueza artística.

V. DE LA F.

## COSTUMBRES PROVINCIALES.

### LOS RAMOS EN SALAMANCA (1).

A la hora del Ramo nállanse ya reunidos el galán y las mozas en el punto de donde aquel debe salir, designado desde que se concibió tal idea, como que á él y al curso que han de llevar estan adoptadas las canciones y relaciones, todos lujosamente ataviados en cuanto lo permiten los no poco chocantes y vistosos trajes de charros y de charras. Numerosos espectadores concurren al mismo tiempo al toque de campanas á la carrera que el Ramo debe llevar, y lo mismo á cojer puesto en la iglesia, en la que á veces es imposible penetrar cuando aquel llega. Tal suele ser la concurrencia del pueblo y de sus inmediaciones. El orden de su colocacion es poniéndose regularmente cinco mozas en fila como para marchar de frente, detras de estas otras cuatro, delante de todas el galán con el Ramo, y la del medio de la fila primera lleva un pandero adornado tambien con lazos y con casca- beles de laton y de plata. El galán va descubierto y en cuerpo durante la funcion, y las mozas llevan solo

(1) Véase el número anterior.



en la cabeza un pañuelo blanco, y en las manos la torta de que mas atrás se ha hecho mencion.

Un golpe de pandero anuncia el principio de la funcion, al cual siguen una ó dos cuartetos cantadas á coro por las mozas y acompañadas de dicho instrumento. Despues hay un leve momento de silencio para dar lugar al galan á echar su primera relacion, que, asi como los anteriores cantares, es en sus ideas como si dijéramos el exordio de la funcion. Terminada dicha relacion y los vítores numerosos del público (á veces tambien silvos), prosiguen con sus coros, y á paso lento empiezan la carrera, sin dejar de cantar apenas en toda ella; pero canciones alusivas siempre al objeto de la funcion, y á las ideas que les proporciona la posicion que en ella ocupan. No obstante esto, mas de una vez he visto interrumpir el curso con una parada ó dos, para dar lugar al galan á decir nueva relacion á la vista de cualquier santa efigie que se encuentra en el camino, ó de otro objeto de que el poeta haya querido y podido sacar partido. Nunca se me olvidará la que oí á un galan en un Ramo de ánimas delante de un calavernario que encontraba en el camino, y de un mercado que habia inmediato. Con dificultad hubiese sacado el mejor literato el partido que el sencillo autor de aquella, mirando alternativamente á la muerte y á la vida, á la verdad y á la mentira, á la realidad y al engaño, al ruido y al silencio, para pintar la fragilidad de este mundo y la eternidad del otro, y ridiculizar con sencillas pero filosóficas observaciones y comparaciones el afan con que procura el hombre acumular riquezas, para acortar las mas de las veces su vida, para no disfrutarias, para crear enemigos de su existencia, y, lo que es mas, dejárselas despues para su propia perdicion casi siempre.

Al llegar el Ramo á la puerta de la iglesia, siempre echa el galan nueva relacion, en la que invita generalmente á sus compañeros á entrar en el santo templo, como en efecto lo hacen despues de terminada, prosiguiendo cantando, y acompañados del sacerdote ó sacerdotes que revestidos han salido á recibirlos. Cuando se hallan cerca del altar mayor, se paran de nuevo, y al dar principio la misa cesan de cantar, sitúa el galan el ramo á un lado del mismo altar, donde ya de antemano hay colocadas algunas canastas de rosas para bendecirlas, y ocupando con corta diferencia todos el mismo lugar que antes, y cubriéndose las mozas la cabeza con sus mantillas, se arrodillan y oyen atentas la misa hasta pasado el Evangelio. Entonces se levantan de nuevo, cantan nuevas coplas, como para estimular al predicador á que principie su sermon, y se paran otra vez hasta que le termina, á cuyo final nuevos coros elogian su oratoria y el modo cumplido como ha desempeñado su mision. Prosigue luego la misa, y nuevos coros despues de terminada, relativos á lo mismo y á animar al galan á que diga su última relacion, que como todas suele arrancar estrepitosos aplausos de los espectadores. Nuevas canciones siguen luego, con que las mozas victorean á su galan, y despues cada una de ellas, empezando la del pandero, echan tambien la suya, siendo interca-

ladas todas con las coplas que en loor suyo cantan sus compañeras, y los vítores y vivas de ordenanza; terminando por último la fiesta con seguir cantando algunas otras coplas, epílogo de la funcion que se describe, y en que á un tiempo dan al público las gracias y le piden perdon de sus faltas.

Todo lo que acabo de decir corresponde á los Ramos que se hacen á algun Santo, y pertenecen á la clase de los alegres. Los tristes ó que se dedican á las ánimas benditas, son lo mismo que los anteriores en el modo de ejecutarse, si bien muy distintos en su carácter. Asi, mientras en los adornos, toque de campanas, cánticos etc, respiran aquellos alegría, todo es en estos tristeza. Las mozas suelen ser viudas casi siempre, y un viudo ó un anciano el galan; sus trages un riguroso luto; los adornos del Ramo y de las tortas y sus pañuelos todo es negro ó lo mas blanco, y hasta el Ramo suele ser de fruta de color oscuro; el pandero va destemplado, enlutado y desprovisto de cascaveles y sonajas; del Ramo suele ir tambien pendiente una efigie de las ánimas, y siempre un crucifijo, y hasta las pastas que lleva figuran regularmente calaveras y otras restos mortales humanos. Por otra parte el pausado tono con que en ellos se cantan las coplas, las ideas de estas y de las relaciones, el doble de las campanas, los trages de los sacerdotes, la tumba que hay en medio de iglesia, el oficio de difuntos que se canta, el sermon funerario que se pronuncia, y juntamente las lágrimas con que suelen ir acompañadas las relaciones por parte de las mozas y aun del público, todo es patético y triste, y todo nos recuerda aquella gran verdad que, aunque tan acreditada por la religion, la razon y la experiencia, no nos permite creer jamás nuestro apego á la vida. Los genios melancólicos, ya por naturaleza, ya por las grandes lecciones del mundo, ya por la irreparable pérdida de un objeto querido, prefieren sin duda estos Ramos á los otros.

Pero aun no termina en esto un Ramo. Falta todavía vender á pujas las tortas que llevaban las mozas, para ceder su importe, que suele ser en trigo y pagadero por Agosto, al Sauto por quien se ha hecho la funcion, ó á las ánimas; falta tambien vender las rosas, conejos y demas objetos comestibles del Ramo, y las canastas de rosas que de intento se pusieron á bendecir junto al altar para dar á su importe igual destino; tambien falta á las mozas, galan, cura, poeta y á sus familias y convidados, celebrar aquel dia con una opípora comida en medio de la mayor algazara, mientras suenan á la puerta tamboril y gaita, instrumentos pastoriles de aquel país; últimamente falta dar cima á la fiesta, teniendo por la tarde un baile público tambien de gaita y tamboril, en que bailando la *charrada*, *fandango* y *habas verdes* acaban de lucir los jóvenes de ambos sexos sus gracias y vistosos trages. Asi da fin una diversion, que por mas de dos meses tiene en expectativa á toda una comarca, que forma á un tiempo un acto religioso y agradable, que proporciona no pocos recursos para el culto del Santo por quien se hace, que no pocas veces es núcleo de



amores y de bodas, que llena una página mas de los anales históricos del lugar, y que hasta suele dar nombradía y apellidar al galán de la misma, con cuyo nombre de *galán* he visto yo llamar despues á algunos, y lo mismo á sus sucesores. ¡Y quién sabe, si el mismo apodo despues de luengos años pasará á ser apellido ó título de familia, como han llegado á nuestros dias los de algunas, debidos á las proezas ú otras circunstancias de sus antepasados!

MIGUEL POLLO Y LORENZO.

## VIAJES.

### RAPIDA OJEADA.

#### SOBRE LAS ISLAS CANARIAS.

##### I.

##### LA LLEGADA.

Querido amigo: una humorada, de tantas como en este siglo de caprichos, tienen los hombres, me ha hecho ver la patria de los *Iriartes* y de los *Bencomos*. Te dejé disfrutando de las delicias del Prado, y despues de haber saludado la célebre *Giralda*, y haber admirado los magníficos vapores, que embellecen con sus banderolas el Guadalquivir, descansé en la soberbia Cadiz, de cuyos encantos no quiero acordarme.

La casualidad puso en mis manos el tomo de nuestro *Semanario Pintoresco*, del año anterior, y la lectura de los artículos que contiene sobre las Canarias, me hizo concebir la idea de visitar este país, célebre por tantos títulos. Asies, que dejando para mas adelante mis correrías por las costas del mediterráneo, que como tu sabes, era mi objeto, resolví arrojar me en las encrespadas olas de Atlántico. A los cinco dias ya me hallaba á bordo del místico *Buen mozo*, bien conocido por el excelente trato que en el se dá á los pasajeros, y por la afabilidad y distinguida educacion de sus consignatorios (1), y á los cuatro mas, ya me rodeaban las espinadas cumbres de las *antiguas afortunadas*.

El mar estaba en calma: un cielo hermoso aparecía sobre nuestras velas latinas, y ceñía todo el horizonte; y una brisa fresca daba un movimiento al buque tan rápido y suave, que hacia sentir las mas agradables sensaciones. Pero mayores eran las que experimentaba yo al contemplarme en medio de un archipiélago, que desde el inmortal *Colon* hasta nuestros dias ha sido visitado con entusiasmo por una multitud de hombres célebres.

(1) Los Señores D. Luis Crosa y D. Bartolomé Cifra, del Comercio de Cadiz y de Sta. Cruz de Tenerife.

Las dulces emociones de mi corazón se aumentaron mas, cuando al amanecer del quinto dia me vi ya en la hermosa bahía de la capital de las Canarias, que queda al E. de la Isla de Tenerife, y está fundada sobre las antiguas playas de *Añaza*. Poco antes acababan de fondear cuatro buques de guerra Ingleses, y á breve rato los cerros áridos y volcanizados, que circundan la plaza de Santa Cruz por la parte del N. y del O, retumbaron con el estrépito del cañon, por los saludos de ordenanza. En medio del estruendo, no fui dueño de mi imaginacion, y me entregué á profundas consideraciones sobre la influencia de la paz entre los pueblos civilizados. ¡Es posible, me decia á mi mismo, que la generosidad Isleña ha sabido perdonar al pabellon Británico, tantos dias de luto y de amargura, como le ha hecho sufrir en diferentes veces! ¡y es posible, añadia, que la fiera Albion saluda cariñosa á una plaza que por mas de una vez reprimió el orgullo de sus Almirantes, de aquellos hombres que dominaban los mares, y que llevaban la victoria sobre la punta de su espada! Si, no hay duda, esto es una verdad. Olvidados están los hechos históricos de los memorables años de 1657 y 1798...! Me explicaré en breves palabras.

En el primero de estos fueron testigos las playas de *Añaza* de un acontecimiento horroroso, pero revestido de un grado de heroicidad de que hay pocos ejemplos. Hallábase surta en esta bahía la flota Española, mandada por el general *D. Diego de Egues*, y por el almirante *D. José Centeno*, compuesta de once velas, que venia de la América cargada de tesoros para el Erario, cuando el 30 de Abril se presentó la escuadra del célebre y denodado almirante *Roberto Blake*, que venia en busca de nuevas glorias, y de una rica presa. Intimó la rendicion; y la rendicion, y la respuesta del esforzado *Egues* fué: *que venga acá si quiere*. Este laconismo, digno de un saguntino, ó del inmortal defensor de Zaragoza, fué la señal de ataque. Horrificosa fue la refriega; y sin embargo del vivo fuego de la flota, y de la heroica defensa de la plaza, que se hallaba guarnecida con mas de doce mil hombres, se vieron las naves Españolas á punto de ser presa de sus enemigos. En este conflicto, y empezado ya el abordage por los Ingleses, á una señal del intrépido *Egues*, fué incendiada toda su flota, y en breve reducidas las naves á ceniza, pereciendo muchos defensores de ambos pabellones: quedando con esta accion inmortal salvado el honor castellano, y lleno de confusion el orgullo de la que se apellida reina de los mares. Continuó *Blake* el bombardeo contra la plaza, siempre recibiendo nuevas pruebas del valor isleño; hasta que, á beneficio de la obscuridad, levantó anclas en la noche inmediata, con sus buques maltratados, y mas de quinientos hombres fuera de combate. En cuanto á los tesoros, hablan con variedad los autores; unos dicen que fueron sumergidos, y otros que se salvaron por el celo infatigable de los isleños. Yo creo que si esto último no está bien averiguado, nuestro Gobierno debia adoptar algunas medidas para que se examina-



sen los fondos limpios de esta rada, en aquellos puntos en que segun la tradicion del pais, estuvo fondeada la flota Española. Ojalá que el Excmo. Sr. Ministro de Hacienda no deje pasar desapercibida esta indicacion!

El segundo año, de los que hemos citado, llenó tambien de gloria á nuestros isleños. Corria, en fin del siglo pasado, la encarnizada guerra entre la España y las Islas Británicas, que tan fecunda fué en hechos memorables, cuando la vispera del Apóstol Santiago, del referido año, fué atacada improvisadamente la plaza de Sta. Cruz, por la formidable esquadra al mando del invencible *Nelson*, llegando á tal punto el arrojó de los Ingleses que, en medio del horroroso fuego de las baterías, verificaron un desembarco, posesionándose de varias calles de la capital, y haciéndose fuertes en el convento de Sto. Domingo. Heróica fué la defensa de los bravos Isleños, batiendo denodadamente al enemigo que se hallaba dentro de sus mismos hogares; y cuando el soberbio *Nelson* venia á socorrerlos en persona, con nuevos refuerzos, hallándose ya sobre la punta del muelle, una bala, disparada con ojo certero, le rompió un brazo, cuyo feliz acontecimiento llenó de un indecible entusiasmo á los naturales, y sumergió en la desesperacion á los súbditos de Jorge III: y sin embargo de la inmensa ventaja que tenían los Isleños contra los ingleses, fueron tan generosos que concedieron á estos, el 25 de Julio, una honrosa capitulacion, pasando no obstante por la vergüenza de dejar en poder de aquel pueblo leal y esforzado las banderas que con tanto orgullo habian tremolado el día anterior, las que aun se conservan en su Iglesia principal.

Tales fueron, querido amigo, las reflexiones y los recuerdos históricos que ocuparon mi imaginacion, al verme fondeado en la famosa bahia de Sta. Cruz de Tenerife. Mas dejando esto á un lado, te voy á hablar de otra clase de impresiones que esperimenté desde el mismo punto.

Contemplaba en frente de mi vista la punta de E. de la Isla de Tenerife, que como he dicho, es en la que está situada Sta. Cruz. Es un espectáculo bastante pintoresco el que ofrece la costa desde los roques de *Anaga* hasta el Castillo de *Cerro-alto*, en cuyo punto se aplanan el terreno y comienza la llanura que se extiende hacia el S. en la que se halla fundada la capital. Este punto de la costa está formado por grandes y escarpados cerros, de difícil acceso por la parte del mar, divididos por profundos barrancos, de origen no muy lejano á la costa, y que forman los pintorescos valles de *Igüeste*, *S. Andrés* ó *Salasar* (2) *Valle seco*, y otros de menos consideracion. A cosa de media milla de la fortaleza de *Cerro-alto*, se embellece la costa con los diversos objetos que presenta la Villa de Sta. Cruz. Su espacioso é internado muelle, construido con escelente piedra de sillería; su blanco parapeto, ó muralla, que guarnece toda la cor-

tina, que si bien presenta algun obstáculo al enemigo, no impide la vista de los hermosos edificios que ofrece desde luego la parte litoral de la Villa; su graciosa alameda contigua al muelle; sus fuertes torreones, llamados por los naturales *castillos* que defienden la poblacion: las dos elevadas torres que marcan la situacion de dos templos de bastante mérito: y finalmente el conjunto de todo el caserio, salpicado de nevados y altos miradores, forman á la verdad un golpe de vista sorprendente; resaltando mas la hermosura de este cuadro, cuanto que los cerros que en lontananza forman como el centro de su perspectiva, son de un aspecto desagradable, estando formados por antiguos torrentes de lava: distinguiéndose en medio de ellos, el punto por donde pasa el camino que conduce al interior de la isla, por hallarse en él construida una pequeña fortaleza, y un molino de viento, en la parte superior de lo que llaman *la cuesta*.

Declinando la vista hacia la izquierda, esto es hacia la parte del S., se observan las crestas, ó puntos mas culminantes de las cumbres de esta Isla, que gradualmente van preparando el terreno para servir de base al soberbio y magestuoso *Pico de Tenerife*, de cuya célebre montaña solo se percibe desde la bahía una pequeña parte de su cúspide, por impedir su vista total, las cumbres de que hemos hablado. Y continuando su rumbo el ojo observador, vé deprimirse insensiblemente las grandes moles, que forman las alturas de la Isla, por los puntos del *Cuchillo*, *Arujo*, *Guimar*, y la escarpada *Ladera*, en derechura de las desiertas playas de *Abona*, hasta quedar confundidas las riberas de aquella parte del S. con las bulliciosas olas del Océano.

Sino he acertado á describirte bien mis observaciones desde la bahía de Sta. Cruz, aunque la verdad es lo que guia mi pluma, debes tener paciencia, y lamentarte de tener un amigo de tan reducidos conocimientos como yo. Si aun esto no te satisface, espero que lejos de hacer conmigo el oficio de severo *Aristarco*, recompensándome mal mi buena intencion, te resuelvas á pasar cuatro ó cinco dias en la amable compañía del buen *Orozco* (3) y vengas á ver las cosas por tí mismo. Entre tanto continuaré mi comenzada tarea, pues deseo proporcionarte nociones exactas de este olvidado pais, para que puedas sacar á muchos de nuestros compatriotas de los errores en que están metidos sobre las Islas Canarias: siendo de lamentar que en ocho años que cuenta ya la apreciable publicacion del *Semanario Pintoresco Español*, solo se hayan insertado en él cuatro artículos, con respecto á un pais que tan interesantes cosas presenta, y que forma una parte integrante de nuestra Monarquía. Adios, pues hasta otra ocasion: tu amigo

#### EL PENINSULAR.

(3) D. Blas Orozco, Capitan del Buen Mozo.

(2) Mr. Berthelot cometió el error en su mapa de Tenerife publicado en 1835 de poner dos valles, cuando el de *S. Andrés* es el mismo que el de *Salasar*.